

**Juana Marín García**

***¿Hasta dónde es sabia la sabiduría humana?***

“El que se asombra de todo y no se asombra de nada” fue la respuesta del venerable a la pregunta del mendigo: “¿Qué es la sabiduría y quién es el sabio?” en el cuento de Sampedro “Sabiduría suff”.

Entre mis alumnos, Patricia, acostumbra a retarme con sus objeciones en mis clases de filosofía. Llevo veinte años de profesor y no me he encontrado con nadie como ella; ha agotado mis recursos. El último que utilicé ha sido aconsejarle leer el cuento “Sabiduría suff” con la intención de facilitarle su búsqueda vital que la impulsa a reflexionar, aunque la emplee para cuestionar casi todo lo establecido. No es que yo me asombre de todo, y de nada, ni me considere sabio; pero por ser su profesor y, además, su tutor, considero que he de responder, también, a sus interrogantes relacionados con la cultura.

No olvido que tiene 17 años, alterados por la adolescencia, y todavía no ha decidido la carrera que cursará. Tampoco olvido que es experta en buscar “tres pies al gato”. Con el perfil de Patricia pensé en el cuento de Sampedro, para alejarla —algún día— de la confrontación a la que nos tiene acostumbrados.

¡Ingenuo de mí! He logrado que se enamore del cuento y lo utilice como plataforma para abrir en la clase un nuevo debate, que nada tiene que ver con nuestro programa de filosofía. Ella, en esta ocasión, escribió para toda la clase “El que se asombra de todo y no se asombra de nada”, y a continuación nos planteó que si Sampedro hoy escribiera la frase cómo lo haría.

Yo presumía de conocerla bastante bien y normalmente sé por dónde va; pero esta vez me equivoqué. Su compañera de mesa le argumentó que la frase aludía a que la sabiduría está en las mentes flexibles.

—Desde luego esa podría ser una explicación —le dijo Patricia y añadió— Sabemos que hay tantas interpretaciones como personas; también puede querer decir que no hay verdades absolutas —continuó Patricia—. Creo que Sampedro tenía una mente flexible, además, expresaba, que para ser libres hay que tener pensamiento propio, difícil de conseguir cuando te educan para ser consumidor, súbdito y con pensamiento único en lugar de múltiple. Pero céntrate en mi pregunta, os la vuelvo a repetir: —señaló con la mano lo que había escrito y después se dirigió a todos:

—¿Cómo escribiría Sampedro hoy esta frase?

La miré con curiosidad, aunque confieso que me desorientó —mientras, Víctor otro de mis alumnos también polémico y a quien le gusta ganar en los debates dialécticos, dijo:

—La frasecita tiene su envidia. Además, se puede interpretar como contradictoria. ¿Hacemos una encuesta?

—Por favor, Víctor, tu propuesta desenfoca aún más mi pregunta. No hagas como los políticos y no te desvíes hacia otro tema. Vuelve a leer la frase y dime cómo la escribiría hoy Sampedro.

Amaya, la novia de Víctor, solía intermediar para que éste no se enzarzara en discutir con Patricia; intervino con rapidez para dirigirse a ella y le manifestó.

—Las palabras nos sostienen como humanos y posibilitan o dificultan entendernos. En este caso Patricia, comprenderás que a Víctor le parezca mejor profundizar en lo que has escrito y tal vez después se nos ocurra contestar a tu pregunta.

Rápidamente Patricia, que es perseverante y hábil, se dirigió a la novia de Víctor, que de alguna forma había salido a apuntalar el comentario de este.

—¿Y tú, Amaya, cómo crees que escribiría Sampedro hoy esta misma frase?

—Pues no lo sé, Patricia, no soy Sampedro.

—No hace falta que seas Sampedro, ni que te salgas por la tangente. Ni tú ni yo estamos incluidas en esta frase, estoy segura de que Sampedro en la actualidad tendría un lenguaje inclusivo. ¡Ha llovido bastante después de esta afirmación de su relato! Es triste que nadie de la clase haya caído en que la frase empieza nombrando al género masculino, no a personas que sí es un concepto genérico.

Patricia, me miró a mí y a todo su entorno con cara provocativa y recriminatoria. Como profesor tengo cuidado con el lenguaje, para evitar susceptibilidades. Me atengo a la RAE y desde luego no utilizo el masculino y femenino.

—Son sólo palabras y lo importante son los hechos y las actitudes —afirmó desde la primera mesa, Antonio, el erudito de la clase.

—¿Sólo palabras? ¡Las palabras describen y generan realidades! Lo dice la lingüística, ¿o no, profesor? —apostilló Patricia que, cuando se enfada me llama profesor y a esta altura había elevado su tono de voz. Comenzó a inquietarse tras la intervención de Amaya.

—¿Qué pensáis? —pregunté dirigiéndome a toda la clase; iba a decir ¿qué pensáis los demás?, pero con la mirada inquisidora de Patricia me corregí y solo pronuncié ¿qué pensáis? Nadie me contestaba, hasta que Aitor desde la última mesa, tapando un bostezo, dijo:

—Patricia, el tema que hoy planteas, solo os atañe a vosotras que en todo caso sois quienes sufrís el machismo o a quienes supuestamente se os ignora cuando decimos médico y no médica, o juez en vez de jueza, a nosotros no nos afecta —y con “nosotros” ahora me refiero al género masculino— además este tema del lenguaje no excluyente me aburre y me parece “rizar el rizo”.

En mis clases he impulsado el debate. Incluso, una vez a la semana, como actividad extraescolar, celebramos nuestro congreso de Filosofía. Hoy miércoles, tenemos el congreso. Hoy me arrepiento. Sería más cómodo limitarme a cumplir el programa oficial y dejarme de actividades “extras” que no siempre me gratifican, aunque sé que mañana lo olvidaré y continuaré.

Hace unos días, en mi casa, también hubo un amago de discusión con el mismo tema, a raíz de una llamada telefónica recibida por mi mujer. Al colgar me dijo: “era mi ginecóloga, y no entiendo que se autonombre ginecólogo”. Mi mujer siguió explicándome su incomprensión hacia la fijación de la sociedad en general —y algunas mujeres en particular— en seguir el antiguo modelo que solo nombra lo masculino, que desde luego ella, si bien antes no se lo cuestionaba, ahora es consciente de sentirse excluida cada vez que es interpelada con un “vosotros” u otros masculinos que, claramente, la llevan a no sentirse dentro de ese grupo —y añadió con cierta irritación —“lo que no se nombra no existe”. Nosotras existimos, ¡ya es hora de nombrarnos y dejar esta ausencia del género femenino en el lenguaje!

Hoy miércoles Patricia y su pregunta me ha recordado esta anécdota en mi casa; también me han venido a la mente varios chistes ridiculizando el lenguaje inclusivo por considerarlo redundante. Estos recuerdos en pleno debate me impidieron escuchar a todos mis alumnos, como procuro hacer. Mi atención ha vuelto a nuestro congreso cuando he observado a Patricia desplazando sus ojos por cada uno de sus compañeros —en especial hacia Víctor— retándoles con la mirada y con su actitud de “no lo habéis resuelto”. Finalmente ha dicho:

—Yo empecé el tema y, con permiso del profesor, también lo acabo. Lo abordé con una consulta dirigida en especial a vosotras, también a vosotros y al profesor. Ahora lanzo al aire otra interrogación ¿Hasta dónde es sabia la sabiduría humana, que no es capaz de evolucionar y utilizar palabras de nuestro diccionario para designar a personas del género femenino? Muy al contrario se nos continúa designando, como “antaño”, es decir, todos los plurales en masculino. Además, se da por sentado que a las mujeres no nos afecta; Sin embargo, muchos de "vosotros" os ofendéis si se usa el femenino para mencionaros, aunque haya mayoría de féminas.

Para calmar mi indignación, más no mi asombro —ha continuado exponiendo Patricia— quiero finalizar haciendo mía la frase del cuento de Sampedro y la escribo como creo que él lo haría:

“La persona que se asombra de todo y no se asombra de nada”.